



FLEXIBILIZACIÓN DE LOS CUERPOS EN MANO DE OBRA DE DIAMELA ELTIT

FLEXIBILIZATION OF BODIES IN MANO DE OBRA BY DIAMELA ELTIT

Sandra Cecilia Dorantes Hernández
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Contacto: dorantes.sc@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es el resultado de una investigación realizada durante el curso Tendencias globales en la literatura hispanoamericana de la Maestría en Literatura Hispanoamericana de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. *Mano de obra* (2002), de la escritora chilena Diamela Eltit, fue revisada en la sesión destinada al tópico de la precariedad a partir de los conceptos de flexibilización del trabajo, espacio y enfermedad, puntos de inflexión en la comprensión del universo ficcional de la novela. Un primer análisis permitió establecer que Eltit construye una propuesta narrativa, teórica y política en la que los cuerpos son física y socialmente atravesados por un sistema de control y poder. De esta manera, los personajes de la narración sufren las consecuencias de condiciones laborales precarias -contratos temporales, imposibilidad de crear un sindicato, horario laboral extenuante, explotación- presentado en forma de un padecimiento que los fatiga, pero sobre todo, que los deshumaniza. La enfermedad convierte sus cuerpos en dispositivos de producción que no se pueden permitir fallar. De ahí que la consecuente inhabilitación sea concebida como

una situación indeseable y pernicioso para el sistema, convirtiéndose en cuerpos subalternos, pero resistentes, como lo demostrará el análisis de los personajes. Las reflexiones anteriores fueron presentadas en el VII Congreso Nacional de Lengua y Literatura, a partir de la premisa de que Eltit adopta una posición política para pensar su práctica literaria (Rios, 2020).

En la primera parte titulada *El despertar de los trabajadores (Iquique, 1911)*, el personaje principal relata, a través de un monólogo, una serie de circunstancias que revelan a un sujeto adherido corporalmente a su espacio de trabajo, lo que lo conlleva a tener una visión sesgada de su cuerpo, ya que se considera “parte del súper” (Eltit, 2002, p. 21). Aunque no solo eso, sino que el individuo también se encuentra frecuentemente enfermo. La alusión a una variopinta cantidad de malestares es significativa: no solo está pálido, sino que también se autocontempla de color amarillo, así como cree estar infectado o poseído, pierde el olfato y la vista.

De igual manera, algunos personajes de la segunda parte titulada *Puro Chile (Santiago, 1970)* sufren constantemente de dolencias. A pesar de estar desarrollada en el interior de una casa, los personajes de la narración son igualmente movidos por las funciones que cumplen en el súper en el que trabajan. César Zamorano Díaz (2016) acierta al afirmar que “el rasgo fundamental de los personajes [...] es la dependencia al sistema laboral al cual pertenecen” (p. 30). Es en este apartado en el que se hacen evidentes algunas políticas de contratación que responden a un sistema en el que el trabajador no se beneficia de su propio esfuerzo. La necesidad de tener más de un empleo para subsistir o la falta de contrato son ejes centrales en la consecuente enfermedad de los cuerpos de los personajes. Ya sea que por el tipo de puesto que cubren no se les permite ausentarse ni para acudir al sanitario, o ya porque cumplen con un trabajo para el cual no están capacitados y corren el peligro de amputarse una parte del cuerpo, la enfermedad se presenta como un fenómeno normalizado, inherente al espacio laboral, pero concebido a la vez como un estado indeseable.

Ahora bien, en el presente artículo se añaden reflexiones en torno a la importancia de reconocer en la narración componentes que reflejan prácticas semejantes a las de un sistema neoliberal, a partir de las cuales se instaura una sociedad con personajes desprovistos de identidad, comunidad, sin normas colectivas, regidos por la rentabilidad y la viabilidad económica. Dicho de otra manera, Eltit construye una sociedad neoliberal como único horizonte de probabilidad narrativa en la que el sistema logra adentrarse en todas las relaciones sociales. De esta manera, los personajes, deshumanizados y reducidos a su única función de producción, se ven inmersos en una sociedad donde las relaciones son mercantilizadas. En consecuencia, los espacios que estos habitan se ven inmersos por las dinámicas de producción, mientras que las relaciones humanas se encuentran mediadas por intereses transaccionales.

El despido, la vigilancia y el castigo, acciones frecuentemente relacionadas al ámbito laboral, son extrapoladas en la narración a espacios como el hogar. De hecho, la novela permite explorar un cambio en la tradicional representación del núcleo familiar, ya que los integrantes de una vivienda son los mismos empleados del súper, quienes se encuentran condenados a convivir veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año.

Estos cambios en las relaciones interpersonales suponen, además, un horizonte de existencia abyecto en el que el individuo está totalmente individualizado. Dicho de otra manera, el neoliberalismo propone, no solo en el ámbito de producción sino que también en el plano social, sujetos independientes y autosuficientes, que se hacen valer por su propia fuerza de trabajo sin la necesidad de intermediarios como el Estado o los sindicatos. Esta flexibilización del personaje se refleja de igual manera en sus relaciones sociales, en las cuales es inexistente la noción de comunidad, imaginario colectivo, participación ciudadana o incluso de solidaridad para establecer relaciones con otros sujetos.

FLEXIBILIZACIÓN DE LOS CUERPOS EN MANO DE OBRA DE DIAMELA ELTIT

Las condiciones laborales de los personajes son el móvil de la narración, ya que, a partir de su imposición, estos construyen una concepción particular de su cuerpo, además de que se ven determinados por esta estructura al momento de socializar. Por esta razón, resulta imprescindible reconocer los mecanismos del sistema neoliberal en los que está inspirada la novela. Para penetrar en la discusión de las reformas laborales dentro del marco del neoliberalismo es necesario remitirse a dos conceptos inexorablemente sujetos a este sistema. Por un lado, se encuentra la noción de precarización que, de acuerdo con Di Bernardo (2016), surge como respuesta a las reformas implementadas por las políticas neoliberales en los años ochenta, las cuales implicaron contratos de trabajo temporales, de medio tiempo y de autoempleo. Es en la década de los noventa y los 2000 que el término es acuñado por sindicalistas y autonomistas italianos para denunciar estas transformaciones. Sin embargo, podría considerarse la teoría del sociólogo Guy Standing, en la cual se propone al precariado como una clase social, un factor decisivo para que el término de precariedad se asentara dentro de los análisis del neoliberalismo (Di Bernardo, 2016).

Siguiendo lo propuesto por el sociólogo, era indispensable reorganizar las clases sociales, ya que no se correspondían con las características de la sociedad contemporánea. Así, señala que en la cima se encuentra una élite global, compuesta por un pequeño número de ciudadanos absurdamente ricos. En el siguiente nivel inferior ubica al salariado, clase en la que los individuos se mantienen en un trabajo estable de tiempo completo, con una pequeña

esperanza de ascender a la élite. Justo debajo se sitúan los profesionistas, conformada por técnicos profesionales. En el siguiente nivel Standing propone a la tradicional clase obrera, mano de obra sindicalizada con contratos laborales estables. Finalmente, el autor posiciona en lo más bajo de la sociedad al precariado, empleados ocasionales de bajos ingresos.

Aunque el término refleje una flagrante carencia laboral, Di Bernardo enfatiza que pensar el concepto de precarización como resultado del neoliberalismo es riesgoso, ya que rara vez en la historia el trabajador se ha beneficiado con derechos laborales. De hecho, señala que, como ya lo había demostrado Karl Marx, las clases capitalistas han usado regularmente las tecnologías con el fin de debilitar el trabajo organizado. Por lo tanto, la precariedad no es una condición nueva determinada por las transformaciones del trabajo y provocada por las innovaciones tecnológicas, sino que es el resultado de iniciativas políticas dirigidas a la creación de la hegemonía de las élites capitalistas y la dominación de clase (Di Bernardo, 2016). De esta manera, la precariedad no es más que una descripción de la forma en que funciona el capitalismo (Di Bernardo, 2016).

Lo anterior conduce al debate del concepto de flexibilización, entendida como la regulación de la relación de trabajo y de la misma prestación del servicio, con el fin de adaptarlas a las siempre cambiantes necesidades y exigencias del sistema productivo, a un grado patente incluso en la organización, los puestos, la duración de la jornada [...] debido a la liberalización del mercado de trabajo, en relación con la contratación (Nájera González, 2015). Este asimila la noción de precariedad sin deslegitimar ni desafiar al sistema capitalista. Originado en Dinamarca y Alemania, el concepto está basado en otorgar a los trabajadores un grado moderado de seguridad social mientras se preserva la flexividad del mercado del trabajo (Di Bernardo, 2016).

En el caso chileno, se puede hablar de flexibilización del trabajo y, por ende, de precariedad desde el origen de las dictaduras militares en el Cono Sur, “ya que precisamente lo que éstas buscaban era imponer y entender el modelo capitalista en la región” (Mocarquer, 2006, p. 77). Uno de los primeros proyectos neoliberales de la zona, señala Di Bernardo (2016), fue la dictadura de Pinochet que comenzó con la eliminación de la izquierda radical. Una vez hecho esto, aclara el autor, la junta de Pinochet comenzó a implementar medidas para devolver las condiciones laborales a la era previa a Allende. Como resultado de lo anterior, los trabajadores se vieron en la necesidad, a costa de afrontar el despido, de aceptar las condiciones contractuales fijadas por las empresas.

Dicho lo anterior, es posible realizar un vínculo entre las reformas neoliberales y el sistema propuesto en la narración, ya que los abusos laborales a los que se enfrentan los personajes responden a una lógica de precariedad y opresión. La firma de la renuncia en el

momento mismo en que se concierta el contrato laboral, situación presentada en el segundo apartado de la novela, es sumamente reveladora:

A Alberto lo despidieron esa misma mañana. Ni siquiera lo hicieron completar un solo documento porque el papel de despido lo teníamos que firmar cuando nos contrataban. Cada treinta días firmábamos los papeles. Sí. Cada treinta días teníamos que estampar una firma. (Eltit, 2002, p. 90)

El contrato de trabajo temporal se realiza en detrimento de la consolidación de sindicatos, que como bien señala Di Bernardo (2016), es durante la dictadura de Pinochet que se practica por primera vez el despido injustificado de trabajadores, la reducción de salarios, así como la imposibilidad de filiación sindical. Si bien se retomará el tema del sindicato más adelante, es necesario precisar que la crítica que realiza Eltit al modelo neoliberal se dirige también hacia la transición democrática, la cual prohibió, de igual manera, la conformación de estas asociaciones (Mocarquer, 2015, p. 97).

La abyección en la narración como único horizonte de posibilidad se presenta a través de la reducción de los salarios de los personajes. La novela representa no solo la disparidad entre el sueldo y las horas de trabajo, -Isabel, personaje del segundo apartado, tiene tres trabajos diferentes para poder subsistir, mientras que el protagonista del monólogo del primer capítulo menciona que las jornadas duran 24 horas- sino que además se hace evidente la arbitrariedad de los contratos laborales, ya que en épocas navideñas, temporada en la que aumenta el consumo, los empleados de la narración trabajan hasta 24 horas seguidas, sin sueldo adicional, para abastecer la demanda del supermercado.

Ahora bien, los personajes instauran una autopercepción corporal a partir de las consecuencias de estas condiciones laborales; representación caracterizada por la enfermedad, pero también por un quiebre de identidad que pone en tela de juicio su condición como seres humanos. Mocarquer (2015) propone entender esta ruptura como una deshumanización del sujeto, ya que, según su análisis, los trabajadores operan desprovistos de conciencia (p. 76). Así, más que seres humanos, parecieran ser objetos, tal como lo constata el protagonista del primer apartado: “circulo y me desplazo como una correcta pieza de servicio. ¿Quién soy?, me pregunto de manera necia. Y me respondo: “una correcta y necesaria pieza de servicio” (Eltit, 2002, p. 73).

Empero, entenderlos como simples objetos desprovistos de conciencia resultaría reducido, ya que los personajes persiguen ideales, crean relaciones interpersonales y sobre todo, experimentan sensaciones. En especial, perciben padecimientos de una enfermedad que tiene una correlación con sus condiciones laborales y que no parece responder a ninguna tipificación médica, ni mucho menos sugiere un protocolo de sanación preestablecido.

Empleados de un supermercado y reducidos a su rendimiento y capacidad de producción, la narración se desarrolla a partir de las descripciones de los sujetos y la percepción de sus cuerpos. El protagonista del monólogo del primer capítulo se proyecta adherido a su espacio laboral: “yo formo parte del súper -como un material humano accesible-” (p. 21). Esta suerte de alienación radica en una determinación de sus vidas por la localización espacial dentro del mapa de productividad (Zamorano Díaz, 2016). Es decir, esta filiación perversa, como señala Zamorano Díaz, despersonaliza a los sujetos, por lo que, en lugar de ser identificados por sus nombres, los personajes son nombrados por el título de su puesto de servicio. Así, la promotora, la trozadora de pollos, el supervisor, son los apelativos por los que se les reconoce, no solo en el área de trabajo, sino también fuera de él. Esta no es la única despersonalización de lo sujetos de la novela, ya que los clientes son designados a su vez con los calificativos de buenos o malos dependiendo de su poder adquisitivo. Por ello, los malos clientes reciben esta denominación porque son sujetos indeseables al no contar con un poder adquisitivo considerable. Los malos clientes solo entran al súper a ver o, en todo caso, realizan compras exiguas. En cambio, los buenos clientes son aquellos que hacen circular el capital al realizar compras cuantiosas. Dicho esto, la hipótesis de Rojas Hernández (2016) se confirma, y es que el neoliberalismo propulsó la idea de “un individuo solo, sin valores ni normas colectivas” (p. 52), así como los personajes de la novela, quienes se sirven de los principios morales bueno y malo para caracterizar una transacción mercantil.

Ahora bien, aunque tratados como objetos, estos sujetos sufren distintos padecimientos provocados por la situación laboral en la que se encuentran. En un escenario regido por las leyes del mercado, el cuerpo es entendido “como un perfecto sistema de producción” (Zamorano, 2016, p. 40) ya que debe cumplir con metas laborales y un horario de trabajo. Fernando Blanco, por su parte, admite que los ciudadanos se vuelven desechables en un marco en el que no existen derechos laborales: “la sustituibilidad y la incertidumbre salarial constituyen los vectores sobre los cuales se arman las nuevas formas de socialización” (citado en Zamorano, 2016, p. 31). Es así que un cuerpo que no puede trabajar es un cuerpo sustituible. De ahí que la enfermedad, la cual impide cumplir con las funciones habituales, sea pensada como una deficiencia del sistema que debe ser sustituida o extirpada, como lo explica Zamorano Díaz. Además, añade que:

El capitalismo es precisamente ese sistema de producción biopolítico que reconoce como ejes centrales ya no al sujeto, su dominación y disciplinamiento, sino a la población como masa perteneciente a un sistema que debe funcionar. De ahí que la medicina moderna construye el modelo de salud pública, no del individuo, sino de la población, del control de la natalidad, de la eliminación de contagios masivos, de la estructuración de la sociedad para evitar el colapso de los medios de producción que generan riquezas. (Zamorano, 2016, pp. 40-41)

Es así que la sustituibilidad y la incertidumbre salarial replicada en la novela propician que los personajes se enfermen continua y repetidamente. En la primera parte de la novela, el principal receptor de los malestares producidos por la precariedad es el protagonista:

Un ciclo parece a punto de cerrarse. Me refiero a mi cuello que pierde su deslinda. Estoy poseído, lo afirmo, desde la cabeza hasta los pies por un síntoma enteramente laboral, una enfermedad horaria que todavía no está tipificada en los anales médicos. (p. 48)

De acuerdo con el protagonista, el malestar se lo produce la proximidad de las mercancías: “se trata de una enfermedad interna y subrepticia que emana desde el espacio alejamiento e impasible de las mercaderías” (p. 54). Entre los síntomas que presenta se pueden observar cierta palidez, dolor corporal, debilidad, cansancio, pérdida del olfato y ojo hipermetrope. Todo lo anterior es justificado al final de esta sección cuando el protagonista refiere su horario, el cual consta de 24 horas sin salario adicional. Aunado a los síntomas anteriores, el protagonista también menciona dolencias de la vejiga, pues no pudo dejar su puesto para dirigirse al sanitario: “me desví (no puedo más) hacia el orinal y siento el chorro. Meo como un desaforado después de 14 o 16 horas de acumular el goteo. Estoy en riesgo. Lo sé. Pero cumpliré el trato de las 24 horas (p. 70).

En consecuencia, el abuso laboral del protagonista llega a tal punto que considera que su enfermedad no tiene solución: “como un inamovible enfermo terminal permanezco conectado artificialmente a mi horario” (p. 73). Como es posible observar, aunque no se menciona directamente la falta de un seguro médico, el hecho de que el mismo personaje haya pedido, unas líneas arriba de la cita anterior, “con urgencia un permiso, un médico...” (p. 54), permite confirmar la inexistencia, dentro de la narración, de un derecho laboral que les permita ausentarse por enfermedad. De igual manera, salta a la vista la imposibilidad de tipificar una enfermedad que proviene de un lugar tan abstracto como las mercaderías, ya que resulta imposible identificar una causa biológica del mal.

Por otro lado, no solo el protagonista se encuentra enfermo, sino que también los clientes del supermercado, hecho que hace evidente la absorción de las leyes de consumo en todos los personajes. Los clientes también se enferman en cuanto entran al súper: “ingresan como mártires de mala muerte, famélicos, extemporáneos...” (p. 16). Además, las prácticas sociales dentro del establecimiento pierden todo sentido de moral. Debido a las leyes de la oferta y la demanda, los sujetos están obstinados en competir entre ellos, “sin capacidad de negociación, vacíos de sentido” (Rojas Hernández, 2006, p. 52). Por esta razón, el cliente es descrito como un sujeto sin reparos: “enfermizamente furibundo vaga por el súper para derribarme y entregar mi destino a los supervisores” (Eltit, 2002, p. 27). También por esta

rivalidad, los clientes golpean, empujan y solicitan al trabajador. Para ser más precisos, las mercaderías son las culpables de un exceso de temperatura en los cuerpos de los clientes, una agitación comercial: “la multitud enfebrecida (indescriptible la terrible calentura) por la próxima fiesta se disputa, claro está, la mercadería” (p. 70).

Es necesario mencionar que los alcances de la enfermedad cruzan los límites de lo biológico para insertarse en el plano de la salud mental. Alberto, quien decide conformar un sindicato y es despedido por ello, es descrito por sus compañeros de trabajo -y de vivienda- como una persona desubicada por aspirar a un trabajo decente: “Nosotros no permitiríamos cesantes. Ni enfermos” (p. 91). Aunque no se haga alusión flagrante a un deterioro mental, resulta evidente que una forma de pensar contraria a la norma trastoca los márgenes de lo común y de lo aceptable. Por esta razón, no solo es despedido, sino que sus compañeros de trabajo, y de vida, regidos por intereses laborales, empiezan a excluirlo hasta que, por coacción, decide abandonar el hogar.

La reflexión anterior conduce a otro punto importante del análisis que es la inmersión de las condiciones de la flexibilización del trabajo en la vida privada de los personajes. En la novela se reflejan principalmente la noción de contrato y de sustituibilidad en las relaciones que establecen en su domicilio. De esta manera, aunque la construcción de la novela permite visualizar las dinámicas espaciales fuera y dentro de él, en ambos capítulos que la conforman, los personajes no logran escapar, ni discernir, entre estos espacios. Además, es necesario agregar que, como lo señala Rojas Hernández (2006), “la dictadura militar y el mercado ultraliberal destruyeron este sentido de pertenencia, la solidaridad y el “nosotros”” (p. 52).

En primer lugar, se destaca la relevancia del súper como espacio de encuentro social de los personajes, quienes se reúnen únicamente para conversar (p. 13). Dentro de él, no solo no se designan por su nombre, sino que además, como se mencionó líneas arriba, compiten contra los empleados, de manera que no hay cabida para establecer relaciones que no sean las que están determinadas por el poder adquisitivo y la clase social. En el monólogo del primer apartado, el personaje asegura que es “un cuerpo que sabe amoldarse al circunstancial odio imprevisible que invade a cualquier instante a los clientes” (p. 25), lo cual sería un indicador de una normalización de este tipo de interacciones.

Mocarquer (2015) señala que, en este sentido, el súper podría ser entendido como un no-lugar, ya que, en tanto que espacio de tránsito, desencuentro y anonimato, -como lo manifiesta el uso del cargo del empleado- es un lugar en el que los sujetos escasamente consiguen interactuar. Además de ser una interacción escasa, responde a la jerarquía de poder. Así, en la diégesis se muestra una gran diferencia de comportamiento entre los empleados y el supervisor, quien vigila, castiga y condiciona a sus subordinados. A través de una cámara,

el supervisor, en una especie de panóptico, los observa continuamente, pero no solo eso, sino que además está a cargo de su horario de servicio: “me pregunto: ¿en qué maldito instante el supervisor va a encender la luz roja que dictaminará el fin de mi jornada?” (Eltit, 2002, p. 68).

Es Rojas Hernández quien subraya que la pérdida de un imaginario colectivo chileno y del sentido de pertenencia, previamente dirigido por las instituciones, las tradiciones democráticas, la ideología del progreso, la libertad y la justicia social, conllevó a la supresión de la noción de sociedad. Es decir, según el autor, en la actualidad la política parece tener una relevancia menor en la construcción de prácticas de convivencia social. Por el contrario, el mercado pareciera haber reemplazado a la sociedad y a las instituciones políticas y estatales. De lo cual se concluye que “una “sociedad neoliberal” funciona con poca democracia e injerencia ciudadana” (Rojas, 2006, p. 45).

Las discusiones sobre las limitaciones laborales que implica un sistema como el neoliberal conllevan inevitablemente al estudio de la condición del cuerpo femenino, el cual es intensamente repudiado y, por tanto, marginado. Yahaira M. Padilla (2008) enfatiza en el rol que cumplen las mujeres dentro de este sistema, ya que, a pesar de que supuso la democratización y la incorporación de las mujeres al sistema productivo, éste continúa oprimiendo, explotando y marginalizando a las mujeres. Lo anterior niega la premisa en la que el neoliberalismo es presentado como sinónimo de democracia. Por el contrario, “within the neoliberal project, the new economic status acquired by women as producers has not necessarily resulted in their inclusion in the political and cultural arena precisely because they continue to be identified by their traditional roles as producers and viewed as secondary citizens” (Padilla, 2008, p. 135).

Rojas Hernández indica que, en Chile, la fuerza de trabajo femenino creció significativamente a partir de los años noventa. Sin embargo, a pesar de estos cambios, la discriminación tanto en el trabajo como en actividades fuera de él, persiste hasta la actualidad:

La información del Censo del 2002 nos permite afirmar que la situación de la mujer ha experimentado cambios positivos, como su mayor nivel de incorporación al trabajo, sus mayores niveles de escolaridad y mayor incursión en el ámbito de la política; pero al mismo tiempo muestra aspectos negativos como discriminación laboral, discriminación en los sistemas de salud y remuneraciones, mayores responsabilidades en la mantención del hogar, aumento de su participación en la vulnerabilidad y pobreza, etc. En general, se puede afirmar que han mejorado sus relaciones de género, pero aún se mantienen fuertes grados de discriminación, desigualdades y falta de oportunidades frente al acceso a diferentes servicios y calidad de vida. (Rojas Hernández, 2006, p. 51)

El desarrollo de los personajes femeninos del segundo apartado se ve delimitado por condiciones que precisamente las condena a no solo ser simples mujeres productoras con falta de oportunidades, sino que, además, son presentadas como sujetos vulnerables. Isabel,

Gloria y las cajeras, todas empleadas del mismo súper, sufren de acoso por parte de los supervisores y por parte de algunos de sus colegas. Además, los empleados, quienes son testigos de esta violencia, no toman iniciativa en la resolución de la situación, como le sucede a Isabel:

Nos levantamos temprano y la acompañamos hasta la oficina central del súper. La esperamos en la antesala. Sabíamos que adentro uno de los supervisores le estaba lamiendo el culo. Eso nos dijo ella: “me lame el culo”. Agregó que ella también era una lameculos porque dejaba que (ese viejo asqueroso), (lo dijo despacio), le pasara la lengua por el trasero y afirmó que francamente no le importaba. (Eltit, 2002, p. 80)

Del pasaje anterior llama la atención la normalización de estos actos, los cuales son interiorizados por todas las mujeres que trabajan ahí. No solo Isabel está expuesta a esta violencia, sino que también las cajeras de nueva contratación, las cuales son reemplazadas y despedidas constantemente, son necesarias “en el mesón para atraer a los clientes y así safisfacier el ceño del supervisor que se paseaba y se paseaba ante las máquinas...” (p. 128). La reproducción de esta violencia de género, además de presentarse en forma de abuso sexual, es manifestada en forma de violencia estética. Isabel, personaje previamente mencionado, en determinado momento decide dejar de cumplir con las expectativas femeninas que de ella se esperan. Inmediatamente, sus colegas y compañeros de vivienda perciben este cambio como algo pernicioso, tildándola de insurrecta, se le reclama que ya no realice un cuidado personal minucioso:

Que caminara como la gente, que se lavara el culo, que limpiara, planchara su vestido para recorrer el súper, bien presentada, como les gustaba a los supervisores más viejos e indecentes, a los guardias y a los que controlaban las cámaras de video. Especialmente a los vigilantes de las cámaras, porque Andrés había escuchado lo que decían; ese comentario tan descalificador e hiriente en la sala de los monitores... (p. 133)

Lo anterior conduce la discusión hacia otro espacio fundamental para la narración: el hogar, y con él, la imagen de la familia. Ambos elementos permiten examinar la forma en que se crean relaciones interpersonales basadas en intercambios mercantiles. Gloria, al igual que Isabel, es abusada sexualmente por sus colegas de trabajo, quienes son también sus compañeros de casa. Por las noches, en medio de gritos “que conmocionaban el pasillo” (p. 85), Gloria “se dejaba hacer” (p. 85). Para aminorar la incomodidad, Gloria confirma que durante el acto prefería pensar en situaciones cotidianas como en lo que haría de comer al día siguiente.

Como se mencionó líneas arriba, el súper, al determinar las subjetividades, y más específicamente, al ser el neoliberalismo un horizonte de posibilidad y existencia en la narración, imposibilita a los personajes a dar fin a estas dinámicas fuera de su espacio de trabajo.

En consecuencia, las relaciones tradicionales entre sujetos, ligadas a líneas de parentesco, amistad, pertenencia a grupos sociales con intereses en común, se ve irrumpida por criterios como la conveniencia y la posibilidad de sobrevivir (Zamorano, 2016, p. 32). De este modo, los personajes no solo consideran que “el súper es como mi segunda casa” (Eltit, 2002, p. 71) sino que además, se rigen por las mismas condiciones impuestas por la flexibilización del trabajo.

Los vínculos interpersonales que crean los personajes en el hogar se ven alarmantemente influenciados por la dinámica neoliberal de la contratación de corto plazo y de periodo indeterminado. Lo que conlleva a que, el núcleo familiar, otrora conformado por las figuras tradicionales de madre, padre, abuelo, nieto, tío, primo, etc. desaparezca. De esta manera, en la novela el hogar se constituye por personas ajenas entre sí, cuyo único rasgo en común es el ser empleados del súper en el que laboran todos y cada uno de ellos. La solidaridad y la empatía, tradicionalmente relacionados a lazos entre familiares, desaparecen entre los personajes. Es por esta razón que la figura del jefe o jefa de familia es absorbida por una imagen parecida a la del supervisor: “precisamente por sus decisiones lo habíamos escogido director de la casa, como representante, como cache, como vocero, como verdugo, como encargado, como soplón, como jefe de cuadrilla” (p. 134). Salta a la vista la utilidad de los personajes; la condición del cuerpo como un perfecto sistema de producción o como material humano se intensifica, paradójicamente, en un ambiente hogareño.

En el mismo orden de ideas, la flexibilización del trabajo reflejada en la imposición de contratos de corto periodo se extrapola a los acuerdos que toman los inquilinos de la novela. Nociones como el despido y la corrección de comportamiento mediante castigos rige completamente la existencia de los habitantes de un núcleo familiar. En cuanto Gloria pierde su trabajo, pierde asimismo derechos dentro del hogar que comparte con sus compañeros. Se le niega el acceso a los espacios comunes, se le despoja de artículos que cumplen con necesidades básicas por la razón de no aportar dinero para la renta. De esa manera, sus frazadas, sus sábanas, la toalla, la pasta de dientes, el jabón e incluso el desodorante (p. 84) le son negados. Lejos de parecer una práctica poco empática, a los personajes, atravesados por las dinámicas neoliberales, les parece justo: “naturalmente Gloria debía dejar su cuarto y empezar a dormir en la minúscula pieza del fondo. Eso formaba parte del arreglo” (p. 84).

De acuerdo con lo propuesto en la narración, el despido del hogar es irrefutable si son despedidos en el trabajo, ya que no pueden contribuir a pagar la renta. Asimismo, este es ineludible si se cometen acciones que se salgan de la norma y de un comportamiento deseado. Volviendo con el ejemplo de Gloria, en cuanto es despedida se le exige que cumpla con ciertas tareas de limpieza del hogar para cubrir de alguna manera con la producción de su cuerpo.

No obstante, en cuanto demanda mejores condiciones para cumplir con esta tarea, -más productos de limpieza, nuevos utensilios de trabajo- se le amenaza con despedirla de la casa. Los personajes recurren al mismo sistema de sanción cuando Isabel decide dejar de arreglarse. El encargado de corregir estos comportamientos es el director de la casa, Enrique, de quien se espera el cumplimiento de una función de supervisor y no de jefe de familia: “nos fuimos a la calle con la certeza que Enrique iba a corregir la insurrección de Isabel” (p. 134).

Como se puede observar, la filosofía neoliberal instala individuos emprendedores y flexibles, es decir, personas que desde sí mismos, desde su fuerza, se autoconstruyen sin exigir para ello demasiado a las instituciones públicas ni a la sociedad (Rojas Hernández, 2006, p. 46). Eltit fabrica un final que no hace más que confirmar que el neoliberalismo se presenta como única posibilidad de existencia debido a que, cuando Enrique, director del hogar, es nombrado supervisor del súper, se desprende de los lazos emocionales que pudo contraer con sus compañeros de vivienda al despedirlos del trabajo y de la casa: “Enrique (ahora convertido, después de un ascenso inédito, en el nuevo supervisor de turno) quien nos borró de las nóminas y nos empujó hasta una extinción dolorosamente dilatada” (Eltit, 2002, p. 175).

Con una extinción, -como si se tratara de una especie en peligro-, concluye la abyecta existencia de los personajes de *Mano de obra*. Su degradación y el consecuente cuestionamiento de su condición humana revelan un mundo ficcional hostil, precario y de sufrimiento. En razón de lo antes mencionado, se propuso entender la flexibilización, -reforma laboral del sistema neoliberal-, como un procedimiento que los personajes asumen en todas las posibilidades de su existencia. De esta manera, la noción de corporalidad y su concepción de identidad se ven fracturadas por la conveniencia económica, la productividad y la temporalidad corta e indefinida. El hecho de que en el primer apartado se presente a un personaje sin nombre y el cual, además, se expresa a través de un monólogo, y no a partir de una conversación que implique un acercamiento a sus semejantes, no hace más que revelar una comunidad desarticulada e individualizada. Así lo hacen también los contratos a partir de los cuales los personajes cohabitan bajo el mismo techo, reduciendo su valor como personas a su capacidad de crear un ingreso económico.

Ahora bien, como acierta a señalar Cynthia Tompkins, la novela revela, a través de sus personajes, la somatización de un sistema que poco se escapa de la lógica neoliberal. Si bien el concepto hace referencia a la aparición de síntomas físicos recurrentes que no tienen causa física justificada, es necesario recordar que somatizar implica que el cuerpo exprese, a través de molestias físicas, una angustia emocional no liberada. Las angustias emocionales de los personajes provienen de las condiciones laborales en las que se encuentran y no de una circunstancia médica tipificada. Dentro de las consecuencias que acarrea la precariedad y la

flexibilización del trabajo, -entre las cuales destaca el ajuste a un estilo de vida austero debido a los bajos salarios, los cambios de roles sociales en espacios como el hogar, o incluso la reestructuración de los núcleos familiares-, Eltit hace hincapié en la salud del trabajador. La cual representa como un elemento naturalizado, llamando la atención sobre la carga emocional que reciben los empleados, pero también los clientes, quienes, en cuanto están en un espacio prototípicamente mercantilizado, se infectan de esa enfermedad neoliberal.

Asimismo, la propuesta literaria de Eltit incluye la reflexión sobre una sociedad que olvida las tradicionales relaciones sociales, en las que predominaba la adhesión a un grupo, la adquisición de un lenguaje o la celebración de tradiciones y costumbres, al mismo tiempo que favorece las relaciones de poder y las dinámicas de la oferta y la demanda. Por esta razón, los personajes no adoptan comportamientos distintos cuando están fuera del súper, sino que perpetúan este tipo de relaciones en su espacio personal. Lo anterior demuestra que la sociedad que propone Eltit no intenta propiciar el surgimiento de un mundo mejor, sino que la abyección se presenta como una forma consumada de existencia. El ejemplo más claro de esta abyección es el caso de los personajes femeninos, quienes reciben, además de la violencia provocada por la flexibilización del trabajo, una violencia de género que, en lugar de ser evitada por el sistema, propicia su aparición.

BIBLIOGRAFÍA

BOSSY, THIBAUT Y BRIATTE, FRANÇOIS. (2011). “Les formes contemporaines de la biopolitique”. *Revue internationale de politique comparée*, (18), 7-12. <https://doi.org/10.3917/ripc.184.0007>

DI BERNARDO, FRANCESCO. (2016). “The impossibility of precarity”. *Radical Philosophy* 198, 7-14. <https://www.radicalphilosophy.com/commentary/the-impossibility-of-precarity>.

ELTIT, DIAMELA. (2002). *Mano de obra*. Santiago de Chile: Seix Barral.

GONZÁLEZ, JESÚS M. (2002). “Mercado sanitario privado y territorio en Galicia. Neoliberalismo y nuevas pautas de comportamiento social”. *Investigaciones Geográficas (Esp)*, (27), 205- 226. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17602710>

MOCARQUER, JAVIER. (2015). “Excesos y excedentes del Chile postdictatorial en el proyecto contrahegemónico de Diamela Eltit”. *Revista A Contracorriente*. (3), 75-104. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5663954>

NÁJERA GONZÁLEZ, XAVIER. (2015). “La afectación laboral en el esquema neoliberal”. *Revista de la facultad de derecho y de Ciencias Sociales*. Benemérita Universidad Autónoma de

Puebla. (9), 137-157. <http://dx.doi.org/10.32399/rdk.9.17.126>

RIOS, MARINA CECILIA. (2020). “*Mano de obra* de Diamela Eltit: los cuerpos en escena, transposiciones entre literatura y arte”. *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, (22), 83-99. <https://doi.org/10.25025/perifrasis202011.22.05>

ROJAS HERNÁNDEZ, JORGE. (2006). “La sociedad neoliberal”. *Sociedad Hoy*, (10), 41-72. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90201004>

ZAMORANO Díaz, César. (2016). “Capitalismo y producción de subjetividad en *Mano de Obra y Fruta Podrida*”. *Revista Iberoamericana*, 254, 27-44 doi:<https://doi.org/10.5195/re-viberoamer.2016.7358>